

“Ana”

Enrique Monroy

A Violeta

“Sei ancora tu, purtroppo l'unica,
ancora tu, l'incorreggibile”

Ancora tu, Lucio Battisti

Ana me miró, sacó un Benson dorado de su bolso, lo encendió y lo aspiró suave, cerrando los ojos. Ella tenía una forma bastante peculiar para aspirar cualquier cosa, podía aspirar casi todo lo que tuviera en frente. Se acercaba Navidad y tenía que viajar a Europa. Le pedí que esperara. Nerviosa, me dijo que aguardaría un instante. Sabía que ya no estaba en sus planes quedarse conmigo, y ahora nos mirábamos como dos extraños bajo la tarde invernal de noviembre, ahí, esperando quién sabe qué. El viento soplaba suave y era helado, podíamos sentirlo en el rostro. Dejamos pasar el tiempo y el café se terminaba rápido entre vistazos cortos y esperanzas falsas. Pedí un pie de queso con mermelada de fresa para alargar la espera, para poder encontrar esas palabras que nunca supe decirle, todo eso que me guarde cuando estábamos juntos cada mañana mientras bebíamos jugo de naranja o fumábamos en el balcón del departamento, semidesnudos, con el alba erizándonos la piel al tiempo que contábamos los automóviles que pasaban por Álvaro Obregón. Tal vez aquella mañana deseaba escucharle decirle lo mucho que anhelaba se quedara para siempre junto a mí, pero también, ambos sabíamos que no podía ser posible, y que nuestra unión era tan fugaz como un cometa al rayar el cielo. Quizá entonces tendríamos que pedir un deseo, pero nuestra relación no estaba para cumplir caprichos. Le dije que el frío estaba pegando duro y que sería mejor encontráramos otro lugar. Me miró frunciendo el ceño. Aceptó sin desearlo. Pedí la cuenta y salimos del Cotê Sud para caminar hacia casa. Transitábamos por Orizaba sin darnos cuenta lo mucho que nos necesitábamos, lo mucho que deseábamos quedarnos un

rato más en aquella cafetería en donde Ana adoraba el panque de nuez acompañado de café lechero mientras veíamos como la lluvia mojaba cada calle de la Roma. Quería tomarla por la mano y sentir su piel fría. “¿A dónde vamos?”, me preguntó molesta. “Solo dime a donde vamos y ya está”, concluyó con enfado. “A mi casa”, respondí. Observó su móvil y me dijo que estaba bien, pero que debíamos darnos prisa. Seguimos nuestro andar hasta llegar a una tienda de vinos. Estuvimos viendo largo rato los productos. Pedí un surtido de quesos y una botella de Château Camou. Anna revisó la hora de nuevo.

-No era necesario que compraras vino – dijo.

Mi apartamento es un inmueble de los años de la revolución. Es frío como una nevera. Tiene un aroma peculiar: a viejo. Es grande y está forrado en su mayoría de madera. Muchas de mis amistades lo detestan porque dicen rechina a cada minuto, pero después de un tiempo se acostumbran. Ana lo decía siempre, “tu apartamento me transporta a una época que pienso ya he vivido, ¿de eso se trata el año astral o algo así, no?”. La abuela me lo heredó. Siempre dijo amarme como a un hijo, el que nunca tuvo.

Dejamos los abrigos en el perchero y nos dirigimos a la sala. Puse algo de música en el estéreo y fui a la cocina para cortar el queso, por un sacacorchos y dos copas. Saqué las mejores: las Riedel. Volví a la sala y ella estaba sentada, recargada por completo en el sillón con las manos extendidas y con las piernas cruzadas. Me dio gusto verle así. Serví el vino y ambos tomamos una rebanada de queso cenizo. No dijimos nada durante algunos minutos. Me miraba y sonreía. Era otra. Me preguntó por qué la había llevado a mi casa –deseaba protegerla del frío, lo juro–. Eso respondí. Bebió. Sacó otro Benson de su bolso. Me invitó. Lo rechacé. Recargó su cabeza en el respaldo mientras su mano derecha detenía el vino sobre su pierna y con la izquierda mantenía prendido el cigarro.

-No puedo dejarlo, sabes... – dijo con sosiego.

-¿A quién? – pregunté.

Me miró, retadora. Hizo una pausa. Aspiró el humo que salía del tabaco.

-Al cigarro, por supuesto – dijo, suspirando.

La miré con atención. Deduje lo que me había intentado decir.

-Te matará – le dije mirándola fijo.

Habían pasado casi tres horas sin decir nada. Cada que miraba el reloj me ponía nervioso. Me daba terror. Siempre le he tenido temor a la frase “bueno pues, me voy”. La idea de cerrar la puerta y saber que me quedaré solo hasta el día siguiente es aterradora, pero aquel día era distinto, sabía que a Ana no le vería jamás. Aunque me juraba que íbamos a estar en contacto, no era verdad. Iba a desaparecer de mi vida. Todo comenzó de esa manera.

La miré fijo. Me preguntó que pasaba. Le dije que deseaba se quedaría una noche más.

-No comiences, ya lo hemos hablado – dijo.

Bajé la mirada y seguí bebiendo. Se levantó del sillón y se dirigió hacia mí. Miré sus ojos áridos. Su iris se abría y cerraba esperando una respuesta. Percibí su disposición. La traje hasta mis labios y la escuché quejarse. Me regaló su cuello. Lo besé hasta que sus quejidos se transformaron en delicados vaivenes de respiración. Se agitaba, me tomaba del pelo. Se entregaba. Me detuvo y me observó con tesón. Su cabello lucía como si aquella chica de ojos grandes, de boca expresiva y de risa entrecortada hubiera estado en un campo de batalla, y así terminamos, muertos, uno al lado del otro, mirando hacia el techo, en el sillón, callados.

Después de haber estado largo rato en la sala, semidesnudos, mudos, abrazándonos, me dijo que tenía que partir. Le pedí que esperara un rato más. “Si quieres puedo comprar un Château Petrus”, dije en un acto desesperado.

-¡Por dios!... no digas tonterías –dijo con ternura–. Debo irme.

Comenzó a vestirse. Pocas veces la había mirado desnuda, prefería sentir su piel que analizarla. Sus piernas tenían una postura peculiar, cerradas por las rodillas. No era guapa, pero tenía una belleza particular: su inestabilidad emocional, tal vez su

indiferencia hacia mí en público, no lo sé.

Ana observó hacia la ventana con otro Benson en la mano derecha. De pronto, todas esas mañanas a su lado me vinieron a la mente. Era increíble su capacidad para exhalar todo el humo que podía. Éramos jóvenes.

-¿Has visto el clima de hoy?... pensar que así estará toda la temporada, me pone feliz. ¡Detesto el calor! – dijo.

-Es desolador – dije.

-¿Por qué siempre eres tan fatalista?

-No lo sé...

Nos quedamos callados, ella, mirando hacia la ventana, yo, espiándola.

-¿Ya tienes todo listo? – dije.

-Ya, ya tengo todo. Se supone que mi madre me recogerá en mi departamento.

Se sentó a mi lado. Me besó.

-Te prometo que te buscaré. Tengo tu mail, nos veremos por la red – dijo.

Asentí.

-Bueno pues, me voy.

La besé por última vez, intenté extraer de ella todo su aliento, el aroma que despedía su nariz cada que nos acercábamos lo suficiente para saber cómo había sido nuestro día. Me tomó por las mejillas. Me dijo que no desapareciera. Me regaló una sonrisa, una última señal de picardía, abrió la puerta y desapareció. Caminé hasta mi cuarto, me senté en la cama y abrí el cajón de mi buró. Entonces tomé la pistola.